Solemnidad del Señor de los Milagros (28-10-23)
Homilía Monseñor Carlos Castillo
(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas:

La maravilla de estar reunidos, otra vez, con nuestro Señor levantado, es para ayudarnos a todos a mirarlo y dejar que su Espíritu venga a nosotros, y podamos reconocernos como lo que somos, como lo que Él nos ha anunciado: somos hijos, los hijos de Dios, hermanos en Jesús, nuestro hermano mayor. Es un motivo, también, no solo para alegrarnos, sino para entrar en el proceso de conversión a Él, que suscita en nosotros y nos llama en cada octubre.

Por eso, este diálogo con Nicodemo nos interesa a todos. La palabra 'Nicodemo' significa 'victorioso pueblo', y el Perú no es un pueblo muy victorioso que digamos. Nos gusta decir que tenemos victorias, pero hemos tenido muchísimas derrotas, de tal manera que podríamos no identificarnos con Nicodemo (porque Nicodemo sí es muy victorioso, es magistrado judío, de la 'high') y, entonces, nosotros a veces decimos: "como nosotros somos de la 'high', pues, entonces, no tenemos que convertirnos", pero nosotros somos un pueblo sencillo y pobre, y somos asi todos los que hemos venido acá.

Todos nosotros aquí presentes hemos nacido calatitos y calatitas, todos, no hemos venido al mundo con grandes ropajes, ni con grandes ambiciones, pero, en la historia, sabiendo que somos pequeños y pobres, muchas veces nos creemos 'Nicodemos', nos creemos por encima de los demás. Y en eso nuestra propia sociedad, que tiene, multitudinariamente, la riqueza de la diversidad de pueblos, de naciones, de culturas, de razas, no es objeto para nosotros de agradecimiento a Dios, sino de un sistema de relaciones que, permanentemente, nos

hace despreciarnos los unos a los otros. Este es nuestro país del ‘choleo’, del ‘negreo’, del ‘’gringueo’, del ‘chineo’, y de todos los ‘eos’ que existen en nuestra Patria, porque tenemos una historia excesivamente complicada que, para organizar esta armonía entre la enorme diversidad de bellezas que tenemos, pues, alguien dijo: “Aquí tiene que haber jerarquía, división de castas y desprecios mutuos”, es decir, “divide y vencerás”, divide y serás Nicodemo.

Y eso es lo que, hoy día, venimos a orar al Señor para que el pueblo que somos, efectivamente, sea su pueblo, el pueblo sencillo y santo, pecador y santo, como dice el Papa.

Y se lo pedimos porque, la única manera de que podamos ser un pueblo feliz llamado a la bendición de Abraham, a realizarla (*“En ti serán benditos todos los pueblos de la Tierra”)*, es tomar en serio que, si somos para bendecir, tenemos que ‘bien-decir’ el uno al Otro y reconocer su valor, no solamente por decir exteriormente con palabras, sino con verdadero reconocimiento del valor del Otro. Y eso requiere, para todos nosotros, aprender lo que dice el Señor: escuchar su Palabra sobre las cosas de la tierra, y así comprendamos mejor las cosas del cielo.

El Señor siempre nos habló de las cosas de la tierra desde el punto de vista de las cosas del cielo. Él siempre habla así, no da un mensaje terrenal, da un mensaje aterrizado, y cuando da un mensaje aterrizado, las cosas que Él nos habla, que son sublimes: *“somos hijos de Dios Padre”*, nos testimonia a Dios, Él dice “nosotros hablamos de lo que conocemos (lo dice por Él y el Padre), hablamos del cielo”, cosa que nosotros no conocemos, conoceremos, probablemente, dentro de poco, pero el Señor sí las conoce y ha bajado del cielo para contárnoslas.

Pero ¿qué hace cuando Jesús cuenta las cosas del cielo a nosotros? Nos las traduce haciendo gestos en la tierra y nos habla de las cosas de la tierra. *“Miren los lirios del campo, que*

no siembran ni cosechan, y Dios los ha vestido más elegantes que Salomón". Sin embargo, nosotros andamos detrás de las elegancias, preocupados por las elegancias.

Yo quiero agradecer a la Hermandad que me dio un 'aplauzaso' cuando dije que nos fijábamos en minucias y estamos siempre pendientes de las minucias y no estamos pendientes de las cosas principales. ¿Por qué? Porque no es que las personas que nos dirigen y nos dicen que hay que hacer las cosas lo hagan mal, lo que pasa es que nuestra manera de proceder, conforme pasan los años, va agregando a las cosas de la tierra muchas más cosas de la tierra que las necesarias. Y no como el Señor que escoge algunas cosas de la tierra para poder identificar las cosas del cielo en la tierra, es decir, haciendo una depuración.

Nosotros tendemos a complicar las cosas. Por ejemplo, en nuestra procesión no todo lo que se ha hecho ahora se hizo siempre, se han ido inventando cosas, y eso es normal; pero puede ser que en un momento se sobrecarguen terriblemente. Es como cuando se abre una oficina nueva y, entonces, vamos al Estado y decimos: "señor, me atiende, por favor", y uno es atendido con su sello y listo. Después, empiezan las colas, entonces empieza a complicarse. "No, señor, usted llegó un minuto tarde y ya está cerrado". Y empezamos a complicar y a complicar y a complicar... ¿Por qué? Porque detrás de cada complicación hay "plata", y cuando uno más complica las cosas, más destruye la relación directa. Y, entonces, se hace una cosa terrenal, no aterrizada, al contrario, volatilizamos, hacemos como una especie de rito sobre lo que hemos creado y lo volvemos "sagrado". De tal manera que, si yo le rindo culto al Señor así directo, a veces, nos aprovechamos de eso para que, si estoy a cien metros de Él, entonces, hago un negocio y "vendo" mi sitio para ver al Señor. No es verdad este ejemplo que digo, pero sí es verdad que cosas así existen en nuestra fe.

En estos días que el Papa Francisco pide al Señor que nos venga la Paz a la tierra, lo que nos quiere decir es que “des-compliquemos” tanto las cosas en el mundo porque lo hemos violentado producto de tanto enredo. El Papa nos invita a vivir en la simplicidad, en la sencillez y, por eso, es que él convocó a este Sínodo que hoy día termina (en la tarde vamos a tener el documento final que se podrá leer en todos los idiomas), en donde se dan las orientaciones principales para el cambio de la Iglesia, para que la Iglesia no sea ‘Nicodema’, para que la Iglesia sea pueblo sencillo y fiel, y para que todos nosotros seamos partícipes de igual a igual, en donde, entonces, las responsabilidades no sean jerarquías dominadoras y dictatoriales, sino sean servicios, servicios simples, hermanos entre sí.

Esto es muy importante decirlo el día en que sacamos al Señor, porque mal que bien, todos caminamos en forma igual, no todos cargamos, pero todos sentimos el peso del camino y todos necesitamos aliento, y nos unimos en nuestros sufrimientos, nuestros dolores, nos igualamos. La procesión es para igualarse, no para jerarquizarse y separarse y despreciar al Otro. La procesión nos iguala, nos hermana.

¿Y qué importancia tiene eso? Ese es el fundamento de la Paz, el considerar al Otro hermano mío, hermana mía; pero estando dispuestos a vivir según esa hermandad, renunciando a los enredos, a las decoraciones, a lo que, enredado, me permite “sacar la mía”. Y tenemos que revisar eso entre todos, no solamente en la Hermandad del Señor de los Milagros, que es el grupo de Iglesia más grande, el movimiento más grande que tenemos en el Perú y en el mundo, de las personas que, unidas, forman un cuerpo, y tiene que ser un cuerpo de servicio, que recuerde siempre que en la hermandad hemos de vivir *“los mismos sentimientos de Jesucristo”*, como dice el más antiguo himno de la Iglesia, ese que se acaba de leer: *“el que siendo de condición divina, no retuvo para sí su categoría de Dios, sino*

que se anonadó, tomó la condición de siervo, haciéndose como uno de tantos, pasando con porte de hombre y muriendo de una muerte y una muerte de cruz. Y por eso Dios lo levantó, le puso el Nombre sobre todo nombre, al cual toda rodilla se doble".

Por eso, hermanos y hermanas, el camino que tenemos, a partir de esta preciosa celebración que comenzamos, es el camino de lo que llamamos "la sinodalidad", el camino juntos que, conversando y ayudándose, puede abrir posibles caminos de Paz para todo el mundo. En el fondo, todas las guerras son consecuencia de la ambición y de creerse lo que no se es. Y, por eso, podemos sentir las palabras del Santo Padre durante su intervención en la 18ª Congregación General de la asamblea sinodal:

> *Me gusta pensar la Iglesia como pueblo fiel de Dios, santo y pecador, pueblo convocado y llamado con la fuerza de las bienaventuranzas y de Mateo 25 (Tuve hambre y me dieron de comer, tuve sed y me dieron de beber). Jesús, para su Iglesia, no asumió ninguno de los esquemas políticos de su tiempo: ni fariseos, ni saduceos, ni esenios, ni zelotes. Ninguna "corporación cerrada" (*Y la Hermandad no es una "corporación cerrada", y la Iglesia no es una "corporación cerrada", es abierta, todos caben), *simplemente retoma la tradición de Israel: "tú serás mi pueblo y yo seré tu Dios. Me gusta pensar la Iglesia como este pueblo sencillo y humilde que camina en la presencia del Señor (el pueblo fiel de Dios)".*

El Papa nos está hablando de nosotros, ¿verdad? Somos uno de los pocos pueblos que camina con su Señor por las calles.

> *Este es el sentido religioso de nuestro pueblo fiel. Y digo pueblo fiel para no caer en los tantos enfoques y esquemas ideológicos con que es "reducida" la realidad de Pueblo de Dios. Sencillamente pueblo fiel, o también, "santo pueblo*

fiel de Dios" en camino, santo y pecador. Y la Iglesia es ésta.

Hay algo que subraya el Santo Padre de gran importancia: una de las características del pueblo fiel es que es infalible, el Pueblo de Dios es infalible. Y aquí distingue lo que es el magisterio de la Iglesia que, para las verdades de fe no falla, pero en el modo de vivir la fe es infalible el pueblo.

Y el Papa dice:

> *Una de las características de este pueblo fiel es su infalibilidad; sí, es infalible in credendo. Y lo explico así: "cuando quieras saber lo que cree la Santa Madre Iglesia, andá al Magisterio, porque él es encargado de enseñártelo, pero cuando quieras saber cómo cree la Iglesia, andá al pueblo fiel.*

Y, además, dice una cosa preciosa, que el pueblo fiel se caracteriza, sobre todo, por la fe de las mujeres:

> *Los miembros de la Jerarquía venimos de ese pueblo y hemos recibido la fe de ese pueblo, generalmente de nuestras madres y abuelas, "tu madre y tu abuela" le dice Pablo a Timoteo, una fe transmitida en dialecto femenino, como la Madre de los Macabeos que les hablaba "en dialecto" a sus hijos.*
>
> *Esto no sólo porque la Iglesia es Madre y son precisamente las mujeres quienes mejor la reflejan; (la Iglesia es mujer) sino porque son las mujeres quienes saben esperar, saben descubrir los recursos de la Iglesia, del pueblo fiel, se arriesgan más allá del límite, quizá con miedo pero corajudas, y en el claroscuro de un día que comienza se acercan a un sepulcro con la intuición (todavía no esperanza) de que pueda haber algo de vida. La mujer del*

santo pueblo fiel de Dios es reflejo de la Iglesia. La Iglesia es femenina, es esposa, es madre.

Esto, hermanos y hermanas, debemos tenerlo muy en cuenta porque uno de nuestros enredos es el machismo. Y si no queremos ser 'Nicodemos', tenemos que ser, ante todo, humanos, hermanos humanos, y hermanas humanas. Y, por eso entonces, la última cosa de la cual habla el Santo Padre, es del látigo del clericalismo (nos agarra a nosotros también):

El clericalismo es un látigo, es un azote, es una forma de mundanidad que ensucia y daña el rostro de la esposa del Señor; esclaviza al santo pueblo fiel de Dios.

Y el pueblo de Dios, el santo pueblo fiel de Dios, sigue adelante con paciencia y humildad soportando los desprecios, maltratos, marginaciones de parte del clericalismo institucionalizado.

Entonces, vamos a decirlo así: con la cuestión de la Iglesia, ¿cuál el fundamento en la Iglesia?, es un fundamento femenino, es Madre. ¿Cuál es la dirección de la Iglesia? La dirección de la Iglesia son los varones, pero sin machismo ni clericalismo. Y eso supone, por nuestra parte, el saber que, si uno está de ministro de la Iglesia está para servir y no para ser servido. El Pueblo de Dios, santo pueblo fiel, sigue adelante con paciencia y humildad, soportando y, por tanto, debemos superar todas aquellas cosas que nos invitan a separarnos de la gente y la hacen sufrir.

Y aquí, reunido con todos los sacerdotes que nos ayudan a todos a trabajar en la Iglesia con servicio, los invito y los invitamos, y el Santo Padre Francisco nos invita también, a superar esas cosas que han enredado la Iglesia.

Es la gran derrota a la que nos lleva el clericalismo. Y esto con mucha pena y escándalo (basta ir a sastrerías eclesiásticas en Roma para ver el escándalo de sacerdotes jóvenes probándose sotanas y sombreros o albas y roquetes con encajes).

Les dije a ustedes, hermanos, que tenemos que ir hacia una Iglesia más simple, y a no complicarnos tanto con tantas cosas. Tenemos que ponernos de acuerdo en la sencillez. Por eso, voy a convocar a que, con cada con cuadrilla, nos reunamos durante el próximo año, conmigo o con uno de mis obispos auxiliares, para escuchar cómo mejorar nuestra cuadrilla y nuestra Hermandad, y llegar a un acuerdo sobre ciertas cosas, para que a la vez haya disciplina, haya también sencillez, para que revisemos esas cosas tremendas que hay de la corrida de dinero durante el mes de octubre, y mejorar las relaciones y hacer todo más simple. (aplausos)

Si somos la hermandad y no una 'corporación cerrada' que está presente en el mundo, tenemos que hacerlo con el mismo espíritu del documento del Sínodo que saldrá hoy en la tarde: *discípulos misioneros por el mundo*. Toda la hermandad. anunciando el Evangelio y mostrando el rostro de Cristo diciendo a la gente: "mira cómo nos ama, vayamos en la Paz". Y predicar en Ucrania, sacar la procesión en Ucrania también, sacar la procesión en Israel. Poco a poco, con la gente, sencillamente y caminando lentamente, para que el rostro del Señor nos acompañe.

Les quiero pedir también que, en estas asambleas, nos den consejos sobre cómo ser curas. Yo creo que uno de los problemas más grandes de ser cura y de ser obispo, es que hay un esquema al cual uno se adapta: "¡ya está hecho!", se piensa. Pasa también en la procesión: "¡siempre se hizo así!", pero puede ser distinto, depende de que, racionalmente y con

comprensión, revisemos las cosas y las cambiemos. Lo importante es el mismo Espíritu, el mismo Espíritu. Eso es lo que vale (aplausos).

Y eso, hermanos y hermanas, tenemos que hacerlo porque, ustedes me ven vestido, así todo elegante, y siempre vamos a las elegancias. Vamos a empezar a hacer vestimentas sencillas para todos (y las vestimentas que tenemos las pondremos en algún museo). Eso de los encajes y eso es de los gorros y tanta cosa, es terrible.

El Santo Padre quiere que la Iglesia sea del pueblo sencillo de Dios, es la única alternativa para predicar el Evangelio con el corazón y pacificar el mundo. Su Encíclica "Fratelli Tutti” nos dice que todos somos hermanos y hay que organizarse para eso. Y se nos vienen tiempos muy duros en el país, muy difíciles, sobre todo con El Niño Global que ya se acerca (ya empezaron las lluvias en ciertas partes).

Solo organizándonos codo a codo, entre iguales, entre hermanos y entre autoridades serviciales, como son nuestros propios hermanos, nuestros propios curas, y corrigiendo esas cosas de que “cuando yo soy cura, pues me salgo de la gente”. Eso es por una simple razón: porque pensamos más en la función, en el cargo, y menos en la misión y en la vocación.

Por eso, a veces, tenemos la función, pero no nos conocemos y, entonces, todo nuestro valor personal no sale y se achata por el esquema. “Yo soy el papá” y, entonces “todo el mundo a parir”.

Hermanos y hermanas, que el Señor nos dé la posibilidad de una conversión, por medio de su Espíritu, siendo como Él, transparentando al Señor en nuestra vida. Todos seamos Jesucristo, el Señor de los Milagros, y seamos un milagro para nuestro país y nuestro pueblo.

Amén.